

Documentos no-velados: ensayo a tres voces sobre el movimiento estudiantil mexicano

Luis H. Gómez Ordóñez
Escuela de Sociología
Universidad Nacional



Los jóvenes (fragmentos).

*“Nosotros no oímos hablar demasiado del siglo
Pero el sol nos encuentra parados en su centro”.*
(Roque Dalton, **Taberna y otros lugares**)

Resumen

Concurren en este texto tres voces, las cuales desde sus distintas sensibilidades políticas, puntos de convergencia y de divergencia intentan una aproximación al movimiento estudiantil mexicano; en primera instancia, desde la lectura de los acontecimientos recientes y los procesos de criminalización que se han emprendido en contra del movimiento estudiantil mexicano; en segunda instancia, el texto aporta una lectura contextualizada sobre los acontecimientos de Tlatelolco en 1968 y el carácter de las luchas estudiantiles en esa época hasta ahora y, finalmente una postal in situ sobre el movimiento.

Palabras clave: movimiento estudiantil, América Latina, México, seguridad nacional

Palabras par-odiar: máscaras de niebla

Una nota poco clara consigna en los partes de prensa la intromisión de las tropas del gobierno colombiano en territorio de Ecuador, en un furtivo ataque en contra de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC). El incidente adquiere resonancia pues, en pri-

mera instancia y en orden de importancia, habremos de consignar que las pérdidas humanas son considerables, y esta vez no hay cálculo capaz de camuflar bajo la categorización de “daño colateral” la muerte, y la estela de muertos entre los que contaremos a tres estudiantes de la UNAM. De la misma forma, arbitrario sería obviar el hecho de que el operativo como

tal, tanto en sus implicaciones, entraña la flagrante infiltración e invasión en un acto de connotaciones terroristas legitimadas en nombre de la lucha contra el terrorismo, narcotráfico y la carnicera ambición del gobierno del presidente Uribe, quien décadas atrás descubrió que al terrorismo de Estado lo cobija la estela de impunidad. En cínica tiranía, después de bombardear un país vecino, continúa su ataque dilapidando la memoria de los estudiantes fallecidos, que para él son un número, que invocará en nombre de un terrorismo, que más se parece a una máscara de niebla, para justificar necrófilas licencias de intervenciones y enterrar a todos los muertos de la guerra en homogéneas lápidas, bajo el epíteto de terrorista que, desde luego y en aras del respeto mínimo a la honesta gramática del silencio, se deberá consignar como un pronombre reflejo cuando un tirano lo enuncie.

Sin mayor resguardo que una procesión de “bits” fabulados de una computadora inmortal al asedio de misiles, balas, granadas y la brutalidad castrense, en medios diversos resuena el eco terror, perdido en las perfidias que ahora confunden las fronteras del Ecuador con las de Colombia, con la misma arbitrariedad con que el terrorismo se presenta de forma no-velada en la realidad, en los límites de lo narrativo y lo ficticio.

La cristalina mentira de pantallas, diarios y radios anunciando vinculaciones, tramas y personajes, algunos un tanto más quiméricos que otros en juicios de sumarias sentencias decididas de antemano por militares, clases políticas misceláneas o pensadas en algún atrio del Departamento

de Estado por algún perverso demiurgo de palabras y redes que envuelven a personas y quien solapadamente inventa e invita a villanos, confundibles todos con la nebulosa faz del terrorismo omnisciente, que tanto puede ser personaje como lugar común, donde resultase imposible diferenciar entre menesterosos amigos de lo ajeno, guerrillas, movimientos estudiantiles, movimientos sociales y cualquiera que cuestione la arquitectura del edificio de mentiras de los acontecimientos narrados. Lo ficticio se vuelve prosaico en la narrativa de lo cotidiano cuando el terror y su homólogo miedo se convierten en las armas ideológicas de destrucción masiva: disparando granadas de infamia, usando muros lacrimógenos de mentiras y antimotines noticiosos para ensuciar el nombre del movimiento estudiantil, pues las convencionales armas de un pasado tiránico pasado han resultado insuficientes para callar el grito de los movimientos estudiantiles, pues por estas fechas pensar se ha vuelto un acto insurreccional para las dictaduras constitucionales de facto.

Con-textos: Tlatelolco 68 un grito generacional contra la unidimensionalidad y el adultocentrismo

La matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco, México, en 1968, está ubicada en un contexto histórico de protestas mundiales. Es un año de ruptura con los valores conservadores y consumistas. Es una primera respuesta a la imposición del modelo único, o del “hombre unidimensional” como afirmaba Marcuse, que producía la ilusión de una vida confortable y holgada, en la cual se estimulaba el crecimiento y el endeudamiento (el

“American way of life”). Las protestas y revueltas también iban dirigidas contra el socialismo real, por considerar que no se distanciaban significativamente de ese modelo de crecimiento y acumulación. Se manifiesta el descontento contra los autoritarismos, el adultocentrismo y la doble moral; como menciona Octavio Paz, “fue un año axial: protestas, tumultos y motines en Praga, Chicago, París, Tokio, Belgrado, Roma, México, Santiago... De la misma manera que las epidemias medievales no respetaban las fronteras religiosas, ni las jerarquías sociales, la rebelión juvenil anuló las clasificaciones ideológicas”. Transcurría la guerra fría entre USA y la URSS, en un conflicto de baja intensidad y muchas tensiones donde se repartieron el mundo.

El 68 explota con motines, barricadas, manifestaciones, marchas, guerrillas, entre otras formas de protesta e insurgencia. Destaca el Mayo del 68 francés, donde los estudiantes se mantuvieron en huelga por más de un mes en apoyo al movimiento obrero, pusieron en crisis al gobierno del general derechista De Gaulle, cerraron calles y colocaron barricadas por toda la ciudad. Era un movimiento de hijos de una clase media acomodada, el cual estaba cuestionando el estilo de vida de la burguesía desangrante, sus valores y su forma de hacer política y de mantenerse en el poder. En Francia, al igual que en el resto del mundo, se vivía una subversión generacional, en lucha por expresar su forma propia de vivir. Alemania Occidental es otro país con fuertes huelgas obreras y estudiantiles. China radicaliza y extrema la revolución cultural de Mao y Vietnam empieza a ganar la guerra.

Este fenómeno también se dio en la Europa del este, donde Checoslovaquia protagonizó un evento de liberación, para darle un rostro humano al socialismo o construir su propio modelo socialista. El líder del movimiento era el eslovaco Alexander Dubcek quien se abrió hacia la pluralidad política y de opinión, el derecho a huelga, sindicatos independientes, libertad religiosa, entre otras tantas reformas que se pusieron en práctica ese año aprovechando la apertura del Kremlin, pero no era tal, pues ocupó ese país con el ejército del Pacto de Varsovia y disolvió el movimiento, en lo que se conoce como La Primavera de Praga.

En América, Estados Unidos experimenta el fracaso de la guerra contra Vietnam, la cual genera un gran rechazo y oposición, se vuelve inadmisibles para la población estadounidense y mundial, los jóvenes se resisten a ser enlistados en el ejército y la opinión pública condena tal guerra. Surgen movimientos juveniles contraculturales y antisistema. Se dieron grandes movilizaciones pacifistas por todo el país, algunas reprimidas violentamente; se asesinaron estudiantes y dirigentes negros. Al igual que en Europa, los jóvenes en su mayoría eran hijos de burgueses o de la clase media, hartos del modelo conservador y consumista.

La efervescencia en Europa y los Estados Unidos fue pasajera; no se piensa en la revolución, sólo en pequeñas reformas para paliar “algunos” excesos deshumanos del modelo capitalista; por el contrario, en América Latina se promete la revolución social, se acentúa la insurgencia, aumentan las guerrillas de liberación y el

sentimiento antiyankee. En ese contexto, en octubre del 67 fue ejecutado Ernesto el “Che” Guevara, convirtiéndose así en el estandarte del antimperialismo y de las luchas populares a favor de la dignidad humana.

En 1968, se celebra la II Conferencia Latinoamericana de Medellín, donde la Iglesia pide leer los signos de los tiempos, un ala de la iglesia católica se radicaliza, se solidariza con la lucha popular, concienciatiza desde el púlpito e incluso algunos sacerdotes toman las armas. Nace la Teología de la Liberación que, al igual que Medellín, pide construir el reino de Dios en la Tierra y se hace una opción preferencial por los pobres. Al lado de ese movimiento aparece la pedagogía de la liberación, aquella que busca pacíficamente devolverle la palabra al oprimido y crear las condiciones de la emancipación a partir de la educación. El sector estudiantil y magisterial se deja escuchar en toda América Latina, hay grandes movilizaciones en El Salvador, México, Uruguay, Bolivia y en otras latitudes.

Como vimos, Tlatelolco no es un hecho aislado, tampoco responde a movimientos obreros o campesinos, sino a una clase media acomodada que protagonizaba una subversión generacional contra el modelo unidimensional impuesto por las superpotencias. En México se vivía una persecución contra quienes se oponían al sistema o eran considerados comunistas. A los estudiantes se les reprimía fuertemente; en respuesta, ellos se manifestaron constantemente contra ese autoritarismo, como lo había hecho en 1917 cuando lucharon por la autonomía universitaria y estudiantil; en

1942, por la defensa de las escuelas normales, año en que hubo una matanza importante de estudiantes; en 1950, por la reducción del presupuesto a la educación rural y obrera o en 1956, por la defensa de la educación rural y politécnica. En todos los casos hubo persecución y encarcelamiento de estudiantes.

Otras huelgas protagonizadas por el movimiento estu-



diantil son la de la Universidad de Guerrero y la Normal de Ayotzinapa en 1960, cuando se vivió una férrea y cruel represión propinada por el ejército con más de 15 muertos y cientos de heridos; la de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (ubicada en Morelia), en 1961 y en 1966, donde se vive un nuevo abuso de poder por parte del gobierno federal, el cual encierra a los líderes de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED). En 1968, se realizó una marcha por la liberación de esos presos políticos que terminó en la detención de más estudiantes. En ese mismo año, en el estado de Sonora, se dan fuertes manifestaciones estudiantiles contra el gobernador, hecho que termina con una fuerte represión y detenciones masivas; en Tabasco sucedió algo parecido; en la UNAM y la IPN los estudiantes demandan una reforma universitaria y cambios en la política nacional.

Esa última huelga, que desemboca en la tragedia de Tlatelolco, se inicia por un pleito de pandillas estudiantiles y callejeras, reprimidas con brutalidad policial, en la que mueren cinco estudiantes. Esos hechos fueron el detonante de una reacción en cadena en muchos centros universitarios que para el 27 de julio muestran su indignación por medio de marchas y manifestaciones, generándose entonces un constante enfrentamiento entre estudiantes y granaderos. Para el día 28, se establecen brigadas estudiantiles que arrinconan a los granaderos, por lo que el gobierno de Díaz Ordaz manda al ejército para estabilizar la situación. El 31 de julio, hay una manifestación de la UNAM y a partir del 1° de agosto se reorganiza el movimiento

estudiantil y se incrementa el activismo, el IPN entra a paro indefinido; la consigna que unificaba todo el movimiento era la defensa de la autonomía universitaria. El 8 de agosto, se crea el Comité Nacional de Huelga (CNH); el apoyo nacional no sólo venía de las universidades sino de amplios sectores de la sociedad. El día 13, otros sectores de la sociedad se unen a la huelga y del 1 al 12 de septiembre, el movimiento se repliega para plantear estrategias, el gobierno se niega al diálogo, por lo que el 13 de septiembre se realiza una marcha silenciosa, con más de 200 mil personas. A partir del 18, la policía se enfrenta con los estudiantes para ocupar las universidades; fue un periodo violento con al menos 8 muertes de estudiantes y cientos de heridos y desaparecidos.

El 2 de octubre, los estudiantes se concentraron en la plaza de Tlatelolco, para ejercer presión en un momento en que a México se le daba cobertura mundial, pues el 12 de este mes se iniciaban los juegos olímpicos. Antes de la concentración estudiantil, el gobierno había planificado un ataque del ejército, los granaderos y la policía (con logística aportada por la CIA), que denominaron “operación galeana”. En esa noche sangrienta cerraron las cuatro salidas de la plaza y luego de unas bengalas dejadas caer desde un helicóptero, abrieron fuego libremente, primero los francotiradores y luego los soldados y policías, algunos vestidos de civiles y dispersos en el tumulto, diferenciados por un guante blanco en una de sus manos (miembros del batallón Olimpia). El ejército inicia el ataque desde el tercer piso del edificio Chihuahua donde estaban los líderes del CNH (quienes fueron apresados), a la vez

atacaron desde abajo a los manifestantes indiscriminadamente.

La masacre dura más de dos horas y en palabras de Monsiváis “ametralladoras, bazukas, y rifles de alto poder disolvían la inocencia... El zumbido de las balas persistía, se acumulaba como forma de cultura, los buenos deseos reformistas del pasado. La temperatura del desastre era helada... y acrecentaban el dolor y el asombro. Los detenidos eran registrados y golpeados con puños, culatas y pistolas. Los agentes de policía emitían dictámenes: “A la pared, a la pared.” La inocencia se extinguía entre fognazos y sollozos, entre chispas y ráfagas” (Scherer y Monsiváis, 1999). Una testigo narra que se vivieron momentos trágicos, “los gritos, los lamentos de dolor, los lloros, las plegarias y el continuo y ensordecedor ruido de las armas hacían de la plaza de las Tres Culturas un infierno de Dante” (Poniatowska, 1970). Según algunas fuentes críticas, se asesina a más de 200 personas, 2000 heridos, más de 300 detenidos y más de 100 desaparecidos (Gutiérrez, 2001). No sólo murieron estudiantes, también residentes, niños, ancianos, trabajadores ambulantes y curiosos que pasaban por el lugar.

Los estudiantes eran solo la cara visible de un movimiento opositor al gobierno y a sus políticas que representaban una vieja sociedad totalitaria, moralista y deshumana. Los estudiantes del 68 sintetizan la lucha de lo nuevo, lo que implica dar hasta la vida para mejorar las condiciones de existencia en un mundo desigual, injusto, represivo y sin libertad política. Tlatelolco desenmascaró las corruptelas y matráfulas propias del PRI (el heredero de la Revo-

lución se había alejado de sus principios para acoger los de las élites dominantes), se le abrieron los ojos a muchos mexicanos y se fue creando una conciencia popular que exigía cambios. Tlatelolco culminó con una reforma política en 1977 que permitió la inclusión de partidos comunistas en México.

Los hechos de Tlatelolco fueron considerados por el gobierno y el imperio como un acto de inestabilidad nacional provocado por los comunistas (se vivían efectos del “Macarthismo”) que quería aprovechar la coyuntura de los juegos olímpicos; por eso, declararon a los estudiantes y a los comunistas como problemas de seguridad nacional.

Consideraban que la intervención del ejército y la policía había sido necesaria para asegurar la estabilidad nacional. La persecución continuó aun después de esa noche sangrienta y a pesar de ello los estudiantes siguieron en rebeldía y oposición. A pesar de la disolución del CNH (el 6 de diciembre), el 13 del mismo mes se realiza otra marcha que es dispersada a tiros por el ejército y los granaderos, se detienen a cerca de 500 estudiantes.

México demostró, al igual que otros países, que se vivía un momento de crudeza y represión ante el surgimiento de utopías y alternativas; el movimiento estudiantil evidenció la deslegitimación del capitalismo y la crudeza de los gobiernos del tercer mundo a la hora de seguir los mandatos del imperialismo estadounidense en medio de la Guerra Fría; para muchos estudiantes no quedaba otro camino que la lucha armada y se unieron

a grupos guerrilleros. El movimiento estudiantil reavivó las esperanzas, remozó la lucha de los movimientos populares en toda la nación y hasta fuera de ella. De Tlatelolco quedó la convicción de la mayoría de la población de que ese drama no debe repetirse; los empleados municipales no deben lavar más sangre en la Plaza de los Sacrificios, como mencionaba Octavio Paz. Aunque no se resolvieron el adultocentrismo ni la unidimensionalidad, surgió la esperanza. Al respecto, Elena Poniatowska dice que “la sangre pisoteada de cientos de estudiantes, hombres, mujeres, niños, soldados y ancianos se ha secado en la tierra de Tlatelolco. Por ahora la sangre ha vuelto al lugar de su quietud. Más tarde brotarán las flores entre las ruinas y entre los sepulcros”.

La represión contra el movimiento estudiantil no ha desaparecido; el movimiento estudiantil tampoco ha dejado de manifestarse y luchar por los ideales de Tlatelolco, lo ha seguido haciendo constantemente hasta nuestros días, con huelgas de hasta casi un año como la 1999-2000. Tampoco ha terminado el unidimensionalismo ni el adultocentrismo pretendidos por el imperio que sigue soterrando todo aquello que le amenaza o le deslegitima; por ejemplo, hoy día se quiere vincular al movimiento estudiantil con acciones terroristas como parte del programa de la guerra preventiva de Bush que intenta vincular a los estudiantes universitarios con las FARC y con otras organizaciones revolucionarias (consideradas, por ellos, terroristas) con el fin de censurarlos, descalificarlos, normalizarlos y reprimirlos (*La Jornada*, 24/03/08). Pero al igual que en el 68, no están solos, hay una lucha no sólo estudiantil contra

ese modelo deshumano (neoliberalismo) que se manifiesta en un sinnúmero de movimientos sociales que pretenden hacer la revolución desde abajo, lucha que viene de todos los puntos cardinales pero que se manifiesta con gran fuerza en el sur-sur (tal es el caso de América del Sur), resistiendo y creando nuevas alternativas, propias y de base para construir una sociedad diferente, diversa, pluricultural, socialista, humanista, equitativa... donde quepamos todas y todos. Es la herencia de Tlatelolco, es la resistencia a la unidimensionalidad y al adultocentrismo.

In situ: retornos a lo reivindicativo

De los jóvenes de la Okupa realmente no recuerdo nada. Si algún día los topo en una calle no los reconoceré; si sus nombres algún día aparecen en una esquila de periódico no sabré que son ellos; sin embargo lo que sí recuerdo fue el refresco que me dieron cuando entré en el Auditorio Che Guevara, aturdido por una ciudad más grande que mi imaginación y un “metrobús” demasiado lleno. No tanto por el sabor del mismo, de hecho el sabor a piña fermentada del refresco solo cooperó más a la sensación general de lo que sentí en ese lugar, ese lugar que apeataba a aguarrás, a pintura, a tortilla, a sudor y a papel; sino por el hecho de que el mismo se me fue ofrecido en el momento en que pregunté por la Biblioteca Social Reconstruir y me identifiqué a mí mismo como anarquista (esto lo hice, lo admito, con un poco de vergüenza, sintiéndome nunca digno de llamarme así). Fue eso, el ofrecimiento, ese sentimiento general de solidaridad, de lucha global, en el que un grupo de estudiantes mexicanos recibían a

un extranjero desconocido sólo por el hecho de que compartían un mismo ideal, un mismo pensamiento. Eso precisamente es lo único que recuerdo del Auditorio Che Guevara.

México, junto a Argentina, ha sido el país de América Latina donde el anarquismo ha tenido mayor influencia y desarrollo. En ambos países el arribo de grandes oleadas de emigrantes europeos condicionó el desarrollo de las ideas libertarias. Sin embargo, la diferencia radical entre ambos países es el fuerte componente indígena y rural de México, en donde sin duda las ideas anarquistas tuvieron un componente más ligado a una suerte de comunitarismo agrario, muy relacionado con las viejas formas de producción y propiedad precolumbinas, en el área rural. En las ciudades mexicanas los intelectuales anarquistas, principalmente estudiantes universitarios, conspiraban junto a los artesanos y obreros para la conformación de un movimiento de trabajadores que se alejara de las concepciones de clase europeas, las cuales separaban al “proletariado industrial” del resto de los pobres, reducidos a *lumpen*. Esta conjunción entre campesinado, intelectual, revolucionario y anarquista ha marcado la idiosincrasia e historia del movimiento obrero mexicano hasta nuestros días.

En 1861, llega a México proveniente de España, Plotino C. Rhodakanaty, un médico de origen griego, con la esperanza de llevar a la práctica las ideas de Fourier y de Proudhon, en la cual combinaba la idea de la comunidad agrícola industrial con la crítica proudhoniana de la propiedad privada y el Estado. Más adelante, cuando

ya entra en mayor contacto con la realidad del campesinado mexicano, asimila muchas de las ideas de Bakunin.

En 1863, fundó un “Grupo de estudiantes socialistas”, el cual posteriormente se convertiría en “La Social”, cuyos anarquistas promueven en 1865 la primera huelga industrial en México, la cual se realizó en dos fábricas de textiles y fue brutalmente sofocada por el ejército del emperador Maximiliano. Rhodakanaty además estableció, en Chalco, una “Escuela del Rayo y del Socialismo”, de la cual salió Julio Chávez, dirigente de la rebelión campesina antes de Emiliano Zapata y de ideología abiertamente anarco-comunista.

Como en el resto de América Latina, en México el movimiento obrero anarquista alcanzó su punto de mayor influencia a principios del siglo XX. A ello contribuyó la llegada de unos grupos anarquistas españoles y el contacto solidario con anarco-sindicalistas norteamericanos en el norte del país. Sin embargo, el factor principal fue la evolución ideológica del Partido Liberal Mexicano, el cual en un momento histórico un tanto difuso pasa de ser liberal a ser libertario. Entre tanto, en los centros urbanos mexicanos se da la aparición, entre la reducida clase obrera industrial, del anarco-sindicalismo. Con este impulso se logró constituir la Casa del Obrero Mundial, la cual se convirtió en la “organización obrera omnipotente en México” durante el periodo de 1912 a 1918.

La Casa se encontraba fundada sobre los ideales del anarco-sindicalismo, lo que suponía que sus objetivos incluían alcanzar una sociedad basada en la auto-gestión y

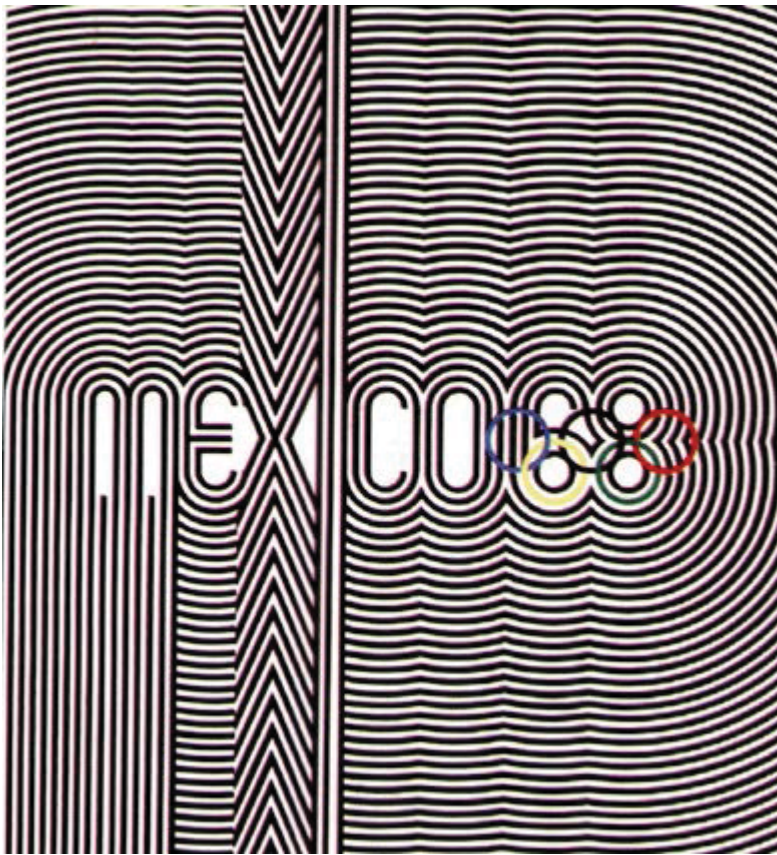
coordinación de la producción por los trabajadores basadas en un sistema sindical de uniones federadas de productores. Se veía al Estado como un mecanismo de represión y, siguiendo su línea ideológica, no trabajaron para transformarlo, sino para destruirlo mediante la huelga general, la cual creían era el arma para destruir el capitalismo. Y, aunque consideraban la huelga como arma principal, también hubo experiencias de educación popular bajo la premisa de “todo lo que uno debe hacer es ilustrar al soldado para que deje de serlo”. Se crearon escuelas, como la Escuela Racionalista, en las que enseñaban a los trabajadores analfabetos a leer. Eran muy populares y eficaces para llegar a la clase

obrero, lo cual sirvió el doble propósito de educar al obrero y expandir la influencia de las ideas anarquistas.

Mientras tanto, los ideales libertarios también encontraban una expresión diferente entre los indígenas campesinos del sur del país, si no bien en la organización militarizada de los zapatistas, en la instauración de un Municipalismo Libertario en varias aldeas bajo el control de los rebeldes, en el cual se promulgaba la autogestión en las aldeas agrícolas, con la tierra distribuida entre propietarios individuales sin la intervención del Estado. Esta idea encontró especial apoyo entre los campesinos de Morelos, los cuales consideraban el control político local

un requisito previo para la redistribución equitativa de la tierra que los Zapatistas exigían. De hecho, la expulsión violenta de los funcionarios locales (jefes, magistrados, recolectores de impuestos y jefes de policía) era la expresión más común y más extensa de la voluntad popular. Hasta la muerte de Zapata en 1919, la administración y el liderazgo dentro de esas aldeas permaneció bajo control de sus habitantes.

Durante los años 20, los ideales anarquistas estaban en descenso en el paisaje político mexicano. La Casa fue paulatinamente sustituida por



la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) cuyos sindicatos simpatizaban con las políticas del presidente Álvaro Obregón y había abandonado la lucha radical anti-estatista por un reformismo reivindicativo. Ricardo Flores Magón moría encarcelado en noviembre de 1922 en los Estados Unidos.

Por muchos años, las voces que cantaban “Hijos del pueblo” dentro del movimiento obrero mexicano se fueron convirtiendo apenas en un murmullo. Como en otras partes de Latinoamérica, la revolución bolchevique había dado un repunte importante a las tendencias marxistas dentro del movimiento, lo cual provocó fuertes fisuras en las federaciones nacionales de trabajadores, muchas de corte anarco-sindicalista. Unido a esto, la consolidación del PRI y su dictadura partidista fascistoide, reprimió duramente a los sectores más radicales del anarco-sindicalismo y consolidó alianzas con la “vanguardia” marxista del movimiento sindical obrero. Luego, llegó el 68.

Durante el verano de 1968 en México, así como en muchas partes del mundo, la resistencia popular tomó una nueva dirección provocada por la descarnada represión de los movimientos sociales y el desencanto general con las cúpulas de los partidos y sindicatos marxistas ortodoxos. Así es como entre la masacre y la rebelión que el antiguo Auditorio Justo Sierra de la Facultad de Filosofía y Letras es rebautizado como Ernesto “Che” Guevara y convertido en centro para las reuniones y asambleas estudiantiles de los movimientos sociales que nacieron en distintos años dentro de la Universidad, como los de

1968, 1971, 1977, 1986-1987, 1994, 1996, 1999-2000, además de servir de sede para el Consejo General de Huelga.

En 1999 y en 2002, como respuesta a los intentos por parte del entonces rector Francisco Barnés por una privatización, disfrazada de una modificación al Reglamento General de Pagos de la Universidad, es que miles de estudiantes, trabajadores y muchos profesores, después de la negativa de las autoridades para el diálogo, conforman el Consejo General de Huelga, con representantes de las distintas facultades, escuelas, “cch’s” y “prepas” de la UNAM.

Es así como el 6 de febrero de 2000, luego de más de 10 meses de huelga, Ernesto Zedillo ordenó a la Policía Federal Preventiva, conformada en gran parte por militares del ejército federal con diferente uniforme, la ocupación de las instalaciones universitarias. El rector Barnés y el Consejo Universitario aprobaron la modificación al Reglamento General de Pagos; miles de estudiantes, trabajadores y muchos profesores alzaron su voz para hacer patente el rechazo a la consecutiva privatización y elitización de la universidad.

Es durante las huelgas de 1999 y 2002, que dieron un saldo de cientos de heridos, cuando ocurre la difamación por parte de los medios de comunicación oficialistas a los estudiantes y funcionarios en huelga y el arresto ilegal de miles de jóvenes militantes, que el auditorio es permanentemente ocupado por los estudiantes. Así es como desde el primer semestre de 2001 el auditorio había ido pasando por una serie de remodelaciones, como la recuperación de espacios cerrados y destruidos en su

interior y la creación de un comedor popular vegetariano. En ese año también renació la radio bocina XHUE-VOZ.

Sin embargo, poco a poco fueron surgiendo los típicos problemas de los colectivos autogestionados. La falta de recursos, el abandono o defeción de muchos de los integrantes, problemas de organización, etc. Durante 2002, el auditorio se convirtió en un reflejo de la situación del movimiento estudiantil: estaba casi completamente abandonado. Había fuertes cuestionamientos a las corrientes políticas que dentro del CGH habían impedido la participación de los estudiantes y ahora impedían la reorganización estudiantil desde la base, es decir, desde las escuelas y facultades. Durante este periodo, los distintos grupos y colectivos del movimiento estudiantil se dedicaron a realizar tareas difusas y poco organizadas, mientras se continuaron desestabilizando los intentos de las autoridades universitarias por recomponer su caduca estructura, boicoteando elecciones, tomando facultades, tomando la rectoría, cerrando avenidas y otras acciones.

A mediados de este año, agobiados por la represión creciente de la policía federal, el daño causado por personas que no tenían mayor interés que drogarse y pernoctar en el auditorio, fue que el colectivo del auditorio decidió entregarlo de vuelta a las autoridades y perder su autonomía. Sin embargo, es entonces cuando hay un reforzamiento del colectivo con estudiantes de otras facultades, escuelas e instituciones, así como “punks” anarquistas (que antes habían participado en otras “okupaciones”), se decidió hacer frente a los problemas que padecía el auditorio, así que

después de varios desencuentros violentos se desalojó a quienes nos estaban ocasionando graves conflictos.

En marzo de 2003 nace la Okupación Auditorio “Che” Guevara, producto de la llegada de nuevas ideas y perspectivas, muchas de corte anarquista, que nutrieron el trabajo y a los que todavía quedaban y persistían en la lucha universitaria. Así, es declarado como: Espacio Autónomo de Trabajo Autogestivo, un espacio libre y rebelde. Como Okupación hoy damos un paso necesario y acorde con los nuevos tiempos que marca la lucha de clases en este país: terminamos una etapa de resistencia para pasar a la ofensiva.

Como ocupación se dio un paso adelante, se decidió convertir la Okupa en una forma de organizarnos en una Coordinadora Anticapitalista de Grupos, Colectivos, Cooperativas e Individuos hasta abarcar integralmente el auditorio como un espacio en construcción, en el cual se busca dar por igual reconocimiento, respaldo y autonomía a todos los colectivos que hemos aceptado adherirnos a la Coordinadora y, finalmente, intentar realizar un trabajo colectivo mucho más organizado y efectivo.

A mediados de 2005, la Okupa se adhiere a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona lanzada por el EZLN y a la Otra Campaña, reafirmando así la tradición de trabajo solidario entre los anarquistas y el campesinado indígena mexicano. Se continuó con la labor de soporte, por medio de la facilitación de la infraestructura técnica y cultural con la que cuenta el espacio del auditorio, lo cual se vio reflejado durante la toma del Zócalo en 2005 y con

el discurso pronunciado por del Subcomandante Marcos en el auditorio.

A la par de esto, se ponen a disposición los medios de “contra información” del colectivo, como el boletín *A la Trinchera*, la revista *Palabras Pendientes*, la página web del colectivo, Radiokupa, así como talleres de serigrafía y fotografía.

Se continúa con el trabajo de reacondicionamiento del auditorio como un espacio para actividades culturales: danza, teatro, cine, poesía, música. Actualmente, el Auditorio cuenta con audio propio, si bien no hay butacas y gran parte del escenario está en posesión de la Facultad de Filosofía y Letras.

Los cuarenta años de vida del Auditorio, y en particular estos últimos, se insertan dentro de una tradición en la cual anarquistas, obreros, campesinos y estudiantes hallan su punto de encuentro en la consecución del ideal máximo, la utopía libertaria. Sin vanguardias, sin partidos, sin héroes, solo hombres, solo mujeres, ya sea el zapatista con su rostro tapado o el estudiante anónimo de la Okupa.

Finale: en movimiento

Los incidentes de marzo de 2009 y la sucedánea avalancha de discusiones en torno del movimiento estudiantil mexicano, invitan a pensar la cultura en coyuntura, lo político en la cultura y las subjetividades claudicantes y emergentes dentro de los colectivos y movilizaciones de estudiantes, no sólo en torno al caso mexicano, sino también en lo referente al movimiento en la coyuntura latinoamericana, pues

desdeñoso sería obviar que desde la emergencia misma de las instituciones universitarias –y de sus complejas interacciones con el contexto al que pertenecen– se han hecho presentes manifestaciones en torno de reclamos diversos de parte de los movimientos estudiantiles.

Y quizás sea necesario pensar la cultura en coyuntura, para preguntarse: ¿Cuántos silencios más habremos de saber próximos en la ignominiosa indiferencia de las tumbas, en los espectros de esas marchas en las cuales deambulan el pasado, el futuro y el presente diluidos en la lucha por cada instante en la memoria que sabemos propia en cada reivindicación? Pues como decía una vieja canción: *bronca porque matan con descaro, pero nunca nada queda claro*, más allá de las mitologías y calumnias de lo políticamente correcto, fabricadas de forma industrial para ser consumidas masivamente y ocultar el trasfondo de los muertos, heridos y vejados en el movimiento estudiantil.

Pues nos interesa aclarar que “(...) un movimiento estudiantil, es la expresión de un conjunto de fuerzas sociales que en él alcanzan una manifestación peculiar: puede ser una expresión de exigencias de grupos sociales que encuentran en la juventud universitaria su vocero” (Marsiske, 1999:15) y que, por tanto, remite a lo político en la cultura apreciable en las dimensiones de las culturas estudiantiles, en este caso universitarias y circunscritas a México, las cuales tendrán distintos puntos de encuentro con las culturas juveniles y con las culturas políticas de ese entorno, y con las políticas culturales de sus prácticas particulares.

Y es precisamente en esas características donde se puede apreciar el carácter polifónico de las disonancias y disidencias de las subjetividades y formas de subjetivación dentro del movimiento estudiantil mexicano pues al “moverse contra el carácter del poder autoritario y la sujeción a identificaciones inerciales contiene la autoconstrucción de sujetos (...)” (Gallardo, 2005:115).

Y es posible inferir de las reflexiones y experiencias *supra* expuestas, la necesidad de luchar contra los tres estigmas con los que el adultocentrismo podría confundir a las culturas juveniles y a veces por extensión a las culturas estudiantiles mismas: (I) como idealistas “(...) cuya connotación es de lo imposible, lo irrealizable, lo que no se alcanzará nunca” (Duarte, 2005:92), afirmando la imposibilidad despectivamente, para así descalificar las propuestas juveniles y estudiantiles., (II) o bien, se les asume como delincuentes “en la medida en que el sistema percibe que sus bases legales y morales son puestas en cuestión, enfatizándose la motivación hacia el control social que la dominación intenta ejercer con este discurso penalizador” (ibíd.:93) lo cual se puede apreciar en los esfuerzos por criminalizar el movimiento estudiantil, sus formas de expresión y protesta, (III) y, finalmente, la recurrente categorización que alude a la incompreensibilidad de la rebeldía juvenil, pues en esta se incluyen “acciones que van desde rechazos viscerales a la dominación, hasta aquellas que buscan construir alternativas desde una crítica radical y animados por un horizonte de esperanzas lleno de utopías” (ibíd.:94) sin diferenciar entre colectivos y reivindicaciones, desde una perspectiva

reduccionista, en la cual en tanto rebeldes y opuestos al sistema, sus reclamos y alternativas no tienen cabida.

Bibliografía

- Anónimo. Okupa Auditorio Che Guevara. *¿Quiénes somos?* Recuperado 30 de marzo de 2008. <http://espora.org/okupache/historia.php>
- Cappelletti, A. y C. Rama. (1990). *El anarquismo en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. >zaser45
- Dalton, R. (1986). *Taberna y otros lugares*. 5ª edición. San Salvador: UCA Editores.
- Duarte, K. (2006). *Discursos de resistencias juveniles en sociedades adultocéntricas*. San José: DEI.
- Gallardo, H. (2006). *Siglo XXI Producir un mundo*. San José. Editorama.
- Gutiérrez, A. (2001) El Movimiento Estudiantil de 1968. *Cuestiones de América* N° 2, febrero. México.
- Hernández, R. y G. López y Rivas (2008). *México: Entre el autoritarismo estatal y la resistencia popular*. Recuperado 30 de marzo de 2008. <http://www.lahaine.org/index.php?blog=3&p=19725>
- Marsiske, R. (Coordinadora) (1999). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. México: UNAM /Plaza y Valdés.
- Negre, A. y P. Guindilla (2008). *Vigencia de las ideas libertarias en México*. Biblioteca Social Reconstruir de México. Recuperado 30 de marzo de 2008. <http://www.geocities.com/CapitolHill/Senate/6972/AnarquLat.html>
- Ocampo, S. (2008). En respuesta a los ataques del gobierno, indígenas se suman a la lucha del ERPI. En *La Jornada*. Recuperado 25 de marzo. <http://www.jornada.unam.mx/2008/03/25/index.php?section=politica&article=012n1pol>
- Paz, O. (1993). *Obras Completas*. Tomo 8. México: Fondo Cultura Económica.
- Poniatowska, E. (1970). *La noche de Tlatelolco: testimonios de historia oral*. México: Ediciones Era.
- Scherer, J. y C. Monsiváis (1999). *Parte de guerra: Tlatelolco 1968*. México: Editorial Aguilar.

Wehling, J. (2007). *Influencias anarquistas en la revolución mexicana*. Recuperado 10 de abril de 2008. http://flag.blackened.net/revolt/mexico/history/anarchism_1910.html